

FOLLETÍN.

Matrimonio de París.

Por. M. Mery.

[...] El baile empezó, y Cipriano se sentó para ver la pantomima con la atención de un hombre que lo entiende; pero el silencio no fue largo, pues nuestro joven marido emprendió un nuevo monólogo sobre el personal de las bailarinas. [1ro f.\_v. col. 1]

[...] –Esto me recuerda, decía él, el efecto que me produjo el año pasado un baile que vi en Drury-Lane, en los ocho días que pasé en Londres. Había un paso delicioso, bailado por tres mujeres que parecían tres estrellas, tan bien hechas como las tres gracias de Pradier. No concibo como la Ópera se deja quitar todas sus Helenas para los París de Inglaterra; todas las bellas del mundo deberían estar domiciliadas entre nosotros. [1ro f.\_v. col. 1]

[...] Eres admirable, Cipriano, cuando hablas de las mujeres, y nuestro sexo debe envanecerse de ello. Cómo pues! he aquí un teatro, ilustrado esta noche, como un álbum inglés, de los rostros más lindos de París, y les has enviado a todos un madrigal con las alas de tu anteojo. En seguida han recibido tus homenajes las bailarinas blancas de Londres y de la calle Lepelletier; otro menos galante que tú se habría contentado con ese contingente; pero tu ambición no se contenta con tan poca cosa. Tu entusiasmo insaciable necesita todas las egipcias del universo, y aún los matices pintarrajeados del bello sexo bajo el Ecuador. [1ro f.\_v. col. 3]

[...] Madame de Mayran se levantó antes que acabase el espectáculo; Cipriano abrió la puerta y ofreció su brazo echando una última mirada circular a los palcos, y bajó con su mujer la escalera del teatro sin decir una palabra. [1ro f.\_v. col. 4]